Las Provincias
Valencia

27 Julio 1950

44

Estación de llegada

(Exclusivo para LAS PROVINCIAS.
Prohibida la reproducción.)

Por Joaquín Calvo Sotelo

El viaje fué asendereado y largo. Un día, ante una mesa cualquiera de un comedor de pueblo, uno ve un bote de bicarbonato. No reservado para un cliente especial que adolezca de una enfermedad de estómago, sino puesto, como el salero o las vinagreras, para el servicio común. Fuera dudas: hemos regresado a España. Se han desandado los kilómetros que se anduvieron hacia el Norte. El tren, el avión o el coche, nos ha devuelto a nuestro punto de partida. Se han reproducido, sólo que a la inversa, las formalidades aduaneras que precedieron a nuestra marcha, y ya todo nos es familiar: la lengua, la moneda, los periódicos, el clima y las gentes. Por un cierto tiempo, conviene olvidarse del paisaje que nos rodea, en el que, abigarradamente, hay que entender comprendido todo eso: la geografía, el idioma, la raza y las costumbres, y sustituirlo por otro, para que, el primero, con el contraste, se perfile y se valore. Con la ausencia, la incomodidad, se convierte en nostalgia; la inadaptación, en soledad angustiosa, y por recobrar aquel rincón que, un día, se nos antojó punto menos que inhabitable, pero al que, de un modo fatal, amamos, cualquier esfuerzo nos parece bien empleado. Nuestra curiosidad se derrama por el ancho mundo, y ninguno de sus rincones queda extramuros. Nuestro amor, ya es sentimiento más ceñido y preciso: abraza una pequeña parcela y, si alejarse de su contorno es posible, volver a ella, el alma llena de efusión, es inevitable. Reconocería en el color de una bandera, es bello y romántico. En el habla, fácil hasta no poderlo ser más. Perdóneseme si yo la reencuentro esta mañana en ese bote de bicarbonato. La acedía no es patrimonio nacional, pero, entre nosotros, sus dominios son anchos. No es sólo el órgano digestivo quien la sufre, sino el temperamento y la idiosincrasia española. Este es un país acre y duro. No sé si decir, con pena o con orgullo, que no sé querer otro.

Hoy, a mi regreso, después de saltar la frontera de Irún, que me deja el camino real en franquía, pienso en las tierras que han quedado en su otra orilla. Virtudes y riquezas, de que no disponemos, les fertilizan. Les dan, por una parte, civilización; por la otra, dulzura. Las mías, en que nací, no igualan, acaso, sus índices. Es lo mismo: las amo. Mi corazón es fiel a sus cadenas y les reserva sus latidos.

Mi insospechado comensal, ese que, cuando concluya su condumio, se armará del doble colmillo del mondadientes y el cigarrillo negro y me abandonará diciendo, bastamente, pero con amabilidad: —Que aproveche—, destapa ahora la cilíndrica tapa del bicarbonato y se atiza, seguido de un buche de agua, una cucharada entera. Y ese sordo chirrido de la tapa de metal que resbala con aspereza sobre la anilla de la caja, repercute en mis oídos familiarmente.

En él reconozco, por extraña asociación de ideas, la Patria en que, sin elegirla, nací, y a la que, por voluntad propia, vendría a morir, aun de la Arcadia, cuando Dios fuere servido.